

Figuración 7: Las amazonas Diatomeas

En Para terminar con la familia. Del aborto a los parentescos posthumanos, Barcelona, Icaria, 2022: 167-184.¹



Angela Balzano

Activista feminista e investigadora y profesora en el Departamento de Cultura, Política y Sociedad de la Universidad de Turín, Italia
angela.balzano@unito.it



Edición y traducción por Celina PENCHANSKY

Instituto de Investigaciones de Estudios de Género, Universidad de Buenos Aires. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.
mc.penchansky@gmail.com

Fecha de recepción: 2/9/2022
Fecha de aceptación: 1/11/2023

Resumen

El binomio "biología y capitalismo" ha condicionado la reproducción de la vida en el planeta de forma devastadora. El daño que la reproducción de sapiens ricos y blancos hace a los ecosistemas ha llevado a la extinción de demasiadas formas de vida. En lugar de cuidar y reproducir únicamente a la población occidental, es necesario generar parentescos posthumanos y decoloniales con las personas racializadas, vínculos transgénero que superen la dicotomía masculino/femenino, pero también parentescos transespecies con los animales no humanos, con las plantas, con las formas de vida creadas en los laboratorios del tecno-capitalismo global: desde las vacas clonadas hasta las células inmortalizadas. Recurriendo a los análisis y utopías de la ciencia ficción feminista, en Para terminar con la familia, Angela Balzano nos propone liberarnos de "la medida de todas las cosas", el Hombre, y de su

¹ Versión original: Balzano, Angela, "Figurazione 7: L'amazzone diatomea", en Per farla finita con la famiglia. Dall'aborto alle parentele postumane, Milán, Meltemi, 2021: 143-158. Traducción al castellano y edición a cargo de Celina PENCHANSKY, publicada por Icaria Editorial, Barcelona, 2022. Los derechos de la presente traducción pertenecen a Icaria Editorial. Este material no se distribuye bajo licencia Creative Commons (CC-BY-NC 4.0). Todo tipo de uso debe ser solicitado a Icaria Editorial. Publicado con permiso de la editorial.

incubadora, la familia heterosexual. En “Figuración 7: Las Amazonas Diatomeas” la autora observa, a partir de un pequeño microorganismo como las diatomeas, las colaboraciones que se entretienen para mantener con vida a los seres humanos, y nos invita a tomar conciencia de la necesidad de crear nuevos y mejores vínculos con los agentes no-humanos para regenerar al planeta tierra.

▮ **Palabras clave:** Diatomeas, Haraway, compost, simpoiesis, parentescos posthumanos.

Figuration 7: The Amazon Diatoms

Abstract

The “biology and capitalism” couple has conditioned the reproduction of life on the planet in a devastating way. The damage that the reproduction of rich, white sapiens does to ecosystems has led to the extinction of too many life forms. Instead of caring for and reproducing only the Western population, it is necessary to generate post-human and decolonial kinships with racialised people, transgender ties that overcome the male/female dichotomy, but also trans-species kinships with non-human animals, with plants, with life forms created in the laboratories of global techno-capitalism: from cloned cows to immortalised cells. Drawing on the analyses and utopias of feminist science fiction, in *Para terminar con la familia*, Angela Balzano proposes to free us from “the measure of all things”, Man, and his incubator, the heterosexual family. In “Figuration 7: The Amazon Diatoms” the author observes, from a small micro-organism such as diatoms, the collaborations that are established to keep human beings alive, and invites us to become aware of the need to create new and better bonds with non-human agents in order to regenerate planet earth.

▮ **Key words:** Diatomeas, Haraway, compost, simpoiesis, posthuman kinship.

Figuración 7: Las Amazonas Diatomeas

*En lugar de la cabeza tengo una nube azul
Que ya no se comunica con mi cuerpo
Y si pienso demasiado entonces me juzga como estúpida
Todo vuelve a mi cara como un boomerang, boom
Y en lugar de los ojos tengo un planetario
Pero dentro de mis pulmones arde el Amazonas
(Rompecorazones, Nina Zilli)*

Intentemos hacer un poco de justicia multiespecie con las manos metidas en la tierra, los pies en el agua y los ojos en el cielo. Imagínense en esta extraña e incómoda posición, imagínense con el agua de uno de los arroyos del Amazonas a la altura de los tobillos, doblados por la mitad con las manos en la tierra húmeda que baña la orilla del río y la cabeza vuelta hacia arriba, atentos a mirar por encima del follaje de su rica vegetación. En esta extraña e incómoda posición comienzan a inhalar y exhalar con la boca, hagan condensación, si tienen suerte su condensación volará y se elevará al cielo junto con la de Kapok, Epiphytes y Ebani. Sin embargo, apenas pueden ver por dónde va, los árboles del bosque no lo permiten. Y así, conectadas en precario equilibrio con el ciclo de la vida, seguimos respirando profundamente y agradecidas con este “pulmón verde” que sigue regenerándonos a pesar de todo.

Sin embargo, hay una razón por la que no estamos cómodamente sentados en la orilla mirando los nenúfares gigantes. Hemos conectado nuestros cuerpos a la tierra, el agua y el aire para materializar la red de formas de vida que conecta la Amazonia con el resto del planeta. En los relatos occidentales edulcorados o apocalípticos, la Amazonia es alternativamente una reserva inestimable de biodiversidad y un patrimonio de la humanidad que hay que salvaguardar. Nos gusta contar que 300 años no son suficientes para contar todos sus árboles, que algunos superan los 80 metros y son los más altos del planeta, que hay pirañas y plantas carnívoras y que *uy, uy* a veces se quema, pero *qué más da*. Es el “pulmón verde” que produce oxígeno para al menos cuatro humanidades, ¿no? Y luego nos consolamos diciendo que sigue produciendo suficiente oxígeno y que lo único que hay que hacer para combatir la deforestación es plantar más árboles. Ciertamente me alegraría si Bolsonaro dimitiera y se reforestaran las zonas afectadas por los últimos incendios, quizá en estrecha colaboración con la población local, pero me temo que no es tan fácil, ya que la deforestación desencadena sequías y, por tanto, aridez del suelo.

Cuando se dice Amazonia, no se dice simplemente “pulmón verde”, o más bien se debería decir “pulmón verde/azul/blanco/arena”. No es el Amazonas en sí el que produce el oxígeno que asegura la vida en la Tierra. El Amazonas consume todo el oxígeno que produce: lo exhala e inhala literalmente. Más bien, es el papel que desempeña la Amazonia en el ciclo del oxígeno lo que garantiza una de cada dos respiraciones humanas. El Amazonas no es un sistema autopoietico, es un vistoso ejemplo de sistema simpoietico. Los sistemas simpoieticos, según la definición propuesta por la bióloga Dempster (2000), difieren radicalmente de los sistemas autopoieticos en que no tienen límites predeterminados, son organizacionalmente abiertos y se producen colectivamente.

El Amazonas es un pulmón azul: no sólo por el Río Amazonas, que es el más imponente de la tierra, pero no del mundo. El río más imponente del mundo surca el aire todos los días, tiene diez veces el tamaño del Río Amazonas y lo produce la selva amazónica en su conjunto. Las raíces de los árboles chupan el agua del suelo, el agua fluye hacia el cuerpo de las plantas y desde sus hojas se evapora: evapotranspiración. Sólo en el caso de los árboles, se ha calculado que cada uno de ellos puede emitir mil litros de vapor de agua, y que en total la selva tropical emite al menos 20 mil millones de metros cúbicos (toneladas) de agua al día (Lovejoy, Nobre 2018; Marengo, Espinoza 2016).

El Amazonas es un pulmón de arena: el suelo de la selva amazónica es tan fértil porque se regenera cada año con las toneladas de arena que se desplazan desde los desiertos africanos. La arena de la Dancalia, una de las zonas más secas del planeta, nutre la selva tropical con los esqueletos de las diatomeas. Las diatomeas² –el principio y el fin, y por tanto quizá el motor del ciclo, estas diminutas amazonas portadoras de fósforo, nitrógeno y potasio– llegan muertas al suelo de la selva, pero saben que su especie vivirá de su muerte. Las diatomeas viven y mueren con la Selva Amazónica y la Dancalia, pero sus esqueletos deben recorrer muchos kilómetros antes de reunirse con los cuerpos de sus hermanas vivas. En este ciclo, vivas o muertas, las diatomeas aseguran la regeneración de la vida en el planeta, produciendo del 20% al 85% del oxígeno.

2 Quammen (2020: 153) define las diatomeas como “una especie de algas unicelulares, cada una encerrada en una pared similar a una concha de sílica” y como “microorganismos fuera de lo común con una apariencia geométrica precisa” que “contienen cloroplastos, lo que significa que viven por fotosíntesis, como las plantas”.

El Amazonas es un pulmón blanco: la rica vegetación amazónica, engrosada por las diatomeas, drena el agua del suelo, la deja transpirar, y así el agua se convierte en el río que flota por la atmósfera terrestre, volando sobre los árboles, veloz, poderoso: si estuviera en tierra, sería más grande que cualquier río existente. El río volador se dirige hacia la Cordillera de los Andes, lo que le obliga a girar hacia el sur hasta Perú, donde se derrama en forma de lluvia sobre el suelo. Hemos observado desde el espacio su majestuoso flujo y su impávido derrame sobre tierras que estarían semidesiertas sin su paso. En estas tierras el río volador se convierte en lagos, arroyos, su agua dulce sigue fluyendo durante kilómetros y kilómetros, acumula sedimentos y finalmente desemboca en el Atlántico, se mezcla con el agua salada. Así, el agua vuelve al agua y nutre a las diatomeas en el océano, y el compost se regenera (Zemp *et al.*, 2015). Los esqueletos de diatomeas del desierto sólo pueden explicarse de una manera: donde ahora están los desiertos africanos, hace millones de años, había un mar.

Así que los colores se funden, se podría decir que la selva amazónica es un pulmón arco iris (¿o un océano verde?) y que la diatomea es una *amazona*, una pequeña guerrera que lucha por la supervivencia del planeta, en esta colorida coalición con raíces de árboles milenarios, vientos, sol, océanos y cordilleras a su lado.³ *El Amazonas es la simpoiesis*. Los árboles de las selvas tropicales absorben mucho dióxido de carbono, pero en esta tarea, cada vez más ardua desde que los *sapiens* han aumentado exorbitantemente sus emisiones, se apoyan en estas algas unicelulares que aparecieron en el Cretácico, hace unos 145 millones de años. Hay casi 70.000 especies de diatomeas (incluidos los fósiles), pero no estoy segura de que sea útil clasificarlas por especies. Las diatomeas son similares a las plantas, tienen clorofila y todos los componentes de la fotosíntesis, pero también son similares a los animales, o mejor dicho, estas algas poliédricas son compuestos: una poderosa combinación de genes que se encuentran en animales, plantas y bacterias.⁴ Habitan tanto en aguas dulces como saladas, pero en todas ellas prefieren mantenerse a flote, en busca de la luz solar, necesaria para la fotosíntesis. Se alimentan del sílice del agua para hacerse más pesadas y acelerar su descenso al fondo marino, donde depositan el carbono. Sin embargo, con el calentamiento global, las aguas se vuelven más ácidas y hay menos sílice: hay escasez de alimento para estas amazonas en miniatura, que se vuelven más ligeras que sus compañeras de hace 100 años (Petrou *et al.* 2019). Me pregunto si las ballenas y los protozoos seguirán beneficiándose de estas diatomeas adelgazadas y algo debilitadas. Porque las diatomeas nos regeneran produciendo más de una cuarta parte del oxígeno que respiramos, pero son, como el resto del plancton, nutrientes esenciales que sustentan la supervivencia de ecosistemas enteros, marinos, de agua dulce y, sobre todo, *terrestres*. Las diatomeas son el abono de la selva amazónica, con ellas se hace *humus y compost*, son *divinidad ctónie* por excelencia. Al morir, dan vida a un espectáculo que los biólogos llaman “nieve marina”, miles de ellas se hunden lentamente desde la superficie hasta el fondo del mar, pero a diferencia de la nieve, no se derriten, permanecen allí hasta que el fondo del mar se convierte en tierra firme, como la Dancalia, hasta que el viento se las lleva consigo, hacia otras tierras para ser fecundadas.

³ Se me dirá que pecho de antropomorfización, admito con Barad (2017: 109) que “me interesa seriamente la antropomorfización si se entiende como una herramienta para liberarnos de la incrustación tóxica del antropocentrismo, según la cual lo humano en su forma excepcional de existir ostenta todos los “beneficios” como la agencia, la intencionalidad, la racionalidad, la sensibilidad, el dolor, la empatía, el lenguaje, la conciencia y la imaginación”.

⁴ Al investigar los estudios científicos que atestiguan la imposibilidad de circunscribir las diatomeas al “reino vegetal”, descubro que comparto esta debilidad con otras académicas feministas. Nina Lykke (2019), para reflexionar sobre los nodos ‘maravilla-tecnociencia’ y ‘duelo-dolor’, parte precisamente de la relación humano-diatomea. Sobre la inusual composición genética de las diatomeas, véase Allen *et al.*, 2011.

¡Cuánto trabajo de regeneración para un organismo unicelular que no supera las 200 milésimas de milímetro! Encuentro en la diatomea lo que Barad (2017: 112) encuentra en la ameba: “una compañera excepcional capaz de cooperar a través de vastas distancias espaciales y temporales”. La Amazona diatomea es la figuración del parentesco posthumano, es con ella que quiero estar y es con ella que quiero pensar. No quiero estar con los humanos que intentan monodirigir, canalizar su poder regenerativo; si pienso con las diatomeas me doy cuenta de que sus cenizas pueden hacer mucho más que los abonos utilizados en los monocultivos de soja transgénica destinados a alimentar a los animales criados con el único fin de alimentar a los humanos. La diatomea amazónica encierra en su vida y en su muerte miles de otras especies, mientras que el hombre encierra en su vida la muerte de demasiadas otras especies. Déjenme explicarles. La desertificación de la selva amazónica tiene una causa precisa: el neocolonialismo capitalista, que con la imposición de los monocultivos ha expropiado y sigue expropiando la tierra y a los pueblos nativos para regenerar, para reproducir una sola cosa: lo humano y su ganancia. Sabemos que los pueblos nativos no se benefician en absoluto de los incendios y la deforestación, sabemos que la mayoría de los productos de los monocultivos se destinan a los mercados extranjeros. Los incendios galopantes se explican por la necesidad de aumentar las superficies utilizables para la cría de ganado y/o los campos cultivables con soja transgénica para su reventa a China, que se ha convertido en el primer importador con más del 50% de los cerdos destinados al mercado mundial.



Fig. 10. Amazzone Diatomea, collage de Giulia Cerioli, 2020.

Ahora está más claro contra quién lucha nuestra amazona diatomea: lucha contra la acidificación de los océanos, contra las emisiones de CO₂ producidas por las granjas industriales que cada día se llevan la tierra y el agua en un círculo vicioso: la deforestación sería suficiente para aumentar los niveles de CO₂ en la atmósfera y en los océanos, pero Bolsonaro y sus socios añaden problemas a los problemas imponiendo el ciclo de la carne, que a su vez aumenta las emisiones. Las amazonas diatomeas son

sabías guerreras que luchan contra un puñado de ruines empresarios, ¿no crees que merecen nuestra ayuda? Bueno, tal vez también luchen contra nosotros, en la medida en que los habitantes de los países ricos –incluso cuando elegimos conscientemente una dieta vegana y/o vegetariana– seguimos consumiendo en sistemas que se basan en el hiperproductivismo y la distribución a gran escala. Por tanto, nuestro primer movimiento para emparentarnos con las diatomeas coincide con una sustracción activa: menos crecimiento, menos consumo, menos necesidades.

Al igual que Haraway, creo que “los norteamericanos, los europeos y los japoneses, entre otros, no podemos vigilar desde lejos como si no fuéramos actores, lo queramos o no, en la lucha por la vida y la muerte en el Amazonas” (1999: 137). Como europea, sí podría hacer algo contra el acuerdo UE-Mercosur de 2019, que rebaja los aranceles favoreciendo la importación de carne y soja de Brasil, obtenida precisamente de la tierra quemada y arrebatada a los pueblos originarios: sólo que no podría hacerlo sola. Mi horizonte es el de los movimientos ecofeministas emergentes, es desde esta posición que deseo una mayor cooperación para que nuestras luchas sean más incisivas. No pretendo relegar la oposición a estas maniobras económicas, que son verdaderas opciones geopolíticas, a los llamamientos de los “científicos”. Para decirlo sin rodeos: los parentescos posthumanos no se sustentan en intermediarios, sino que toman forma a través de múltiples compostajes. Emparentando a ebanis, científexs, poetas, cineastas, astronautas, filósofxs, diatomeas, eco-activistas y transfeministas de todo tipo y lugar de la Tierra: este podría ser el segundo movimiento. Pero ambos movimientos pretenden ser complementarios: el Amazonas se está quemando demasiado rápido, se necesita una acción biopolítica.

Al actuar biopolíticamente, quiero decir que tenemos que poner la reproducción del “humano racional” (*bios*) en la agenda y en discusión empezando por nuestro *bios*, desde las experiencias convividas arraigadas en la carne y la materia. Al ir a la raíz material y corpórea de nuestros *bios* descubriremos que están compuestos de *humus* y no humanos, que siempre han sido *zoe* y *cyborg*, vida animal no humana y maquina, imprevisible e incontrolable pero no por ello menos racional. Reconocer la multiplicidad que somos, la relacionalidad que nos informa, podría llevarnos a reconocer la existencia de racionalidades no humanas. Esto significa reconocer la agencialidad simpoiética del Amazonas: el cerebro del hombre blanco occidental no es la única sede del conocimiento universal, el *sapiens* no es la única especie orientada a vivir bien y más tiempo. Las diatomeas, los desiertos, las cadenas montañosas y los océanos toman sus propias decisiones sobre la vida y la muerte en común de una forma que estudiamos con mucha dedicación pero que no salvaguardamos con tanta pasión.⁵

Para reconocernos como parte de *zoe* no basta con boicotear a las multinacionales, sabemos que la única opción coherente y sostenible es eliminar la agricultura industrial y los monocultivos, para regenerar la tierra que han devastado. El decrecimiento re/productivo implica una revisión radical de nuestras vidas, el mundo tiene demasiados problemas para que la solución sea rápida e indolora.

En su ensayo para el volumen colectivo *Making Kin not Population*, Haraway sugiere una propuesta pragmática, que yo leo como si completase el segundo punto de la agenda ético-política para el decrecimiento re/productivo: *generar parentesco para*

⁵ Los primeros estudios sobre la capacidad de decisión, lo que ahora llamamos agencialidad de las bacterias, se remontan a 1974 (Adler, Tso, 1974): desde entonces, sabemos que bacterias como la *E. coli*, ante dos tácticas de supervivencia, eligen la que les permite prosperar más tiempo. Desde entonces, hemos estudiado mucho, incluso hemos “descubierto” que las plantas se comunican entre sí a través de sus raíces (Gagliano *et al.*, 2012) y que están dotadas de inteligencia (Calvo *et al.*, 2020), pero aún no sabemos cómo reconocerlas como subjetividad.

la regeneración del planeta! Sin querer negar el deseo de parentalidad de nadie, pero insistiendo en el hecho, ahora evidente, de que los habitantes de los países ricos están doblemente vinculados a la desaparición de demasiadas otras formas de vida, propone redistribuir los cuidados y ampliar el parentesco humano más allá de las fronteras de la “sangre”. Su vívida imaginación la lleva a hipotetizar una modalidad un tanto extraña pero muy convincente, principalmente porque puede hacer “justicia reproductiva multiespecie”, pero también antirracista, anticlasista y feminista. Supongamos que todas las personas del mundo tienen “derecho” a una “ficha de reproducción”, pero que una persona que vive en un país rico con un sistema de producción insostenible para reproducirse no puede “jugarse” la ficha individualmente: para ello, debe obtener otras diez fichas de diez personas que, al elegir dársela, no podrán utilizarla para ellas. La persona nacida de estas once fichas tendrá once *bioparientes* a su disposición. Para las personas que viven en zonas pobres, pero sobre todo para las que viven en comunidades humanas de bajo impacto, Haraway también provee sólo 3-4 fichas, por lo tanto 3-4 *bioparientes*. Para las personas que viven en países afectados por el genocidio y/o la guerra, Haraway no contempla ningún máximo (2018: 75).

Y la suya resulta ser tan poco una mera provocación y tanto un programa político serio que incluso incluye sanciones para quienes intenten vender y comprar una ficha de reproducción. Yo añadiría al punto de Haraway que la redistribución de la parentalidad y el cuidado debe tener en cuenta la exclusión histórica de las subjetividades no heteronormativas. Las nuevas tecnologías reproductivas podrían desempeñar un papel clave y, sin duda, habría que dar algún tipo de “prioridad” a las lesbianas, a las personas trans, a los gays y a las s/familias que podrán formar: en este marco, la FIVET *queer*, la gestación subrogada y la ectogénesis no perjudican en absoluto, es más, son bienvenidas, son el *cyborgfare* eco/trans/feminista que deseamos, son servicios y herramientas a disposición de la autodeterminación reproductiva colectiva y no heteronormada.

¿Por qué Haraway adoptó una posición tan incómoda? Tan incómoda como la posición de la que partimos: pies en el agua, manos en la tierra y cabeza al cielo. ¿Y por qué también estoy tratando de realizar este gesto? Porque cuando acusamos al capitalismo y al neoimperialismo, no estamos acusando a algo “distinto de nosotros”: “culpar al capitalismo, al imperialismo, a la modernización, al neoliberalismo, o a cualquiera que no sea nosotros, de la destrucción continua asociada al aumento del número de seres humanos no resolverá el problema” (Haraway 2018: 88). Las diatomeas están adelgazando mientras los humanos más pobres de las zonas ricas del planeta engordan con comida basura porque es el único alimento al que pueden acceder, comida basura cuya producción es altamente contaminante (Templin *et al.*, 2019). ¿Qué tipo de cortocircuito es este? ¿No podemos interrumpirlo? Si el biopoder somos nosotros, dejamos de reproducir al *bios* en favor de la regeneración de *zoe*. Tenemos razones para creer que las diatomeas serán cómplices de este proceso. Y claro, ya oigo las objeciones, son las mismas que rebotan en las redes sociales y en los medios de comunicación en estos días de *Sars Wars Cov-2*, son las mismas a las que ya respondían Deleuze y Guattari: no se es hierba, hace tiempo que se ha perdido la síntesis clorofílica, es preciso comer. No voy a inventar otra respuesta, para mí la suya sigue siendo muy válida: el decrecimiento re/productivo no es carencia sino plenitud de vida. Y a los que objetan que “el decrecimiento exige demasiadas renunciaciones, demasiados sacrificios”, les respondo con Deleuze y Guattari: “esta frase no la pronuncian los pobres o los desposeídos. Ellos, por el contrario, saben que están cerca de la hierba, y que el deseo «necesita» pocas cosas, no estas cosas que se les deja, sino estas mismas cosas de las que no se cesa de desposeerles” (1985: 30).

Las *necesidades* de Deleuze y Guattari son las que Haraway nos invita a reducir. La carencia no existe, al igual que no hay peligro de extinción humana en el horizonte:

“Es el arte de una clase dominante, práctica del vacío como economía de mercado: organizar la escasez, la carencia, en la abundancia de producción” (1985: 31). No dejemos que los deseos se desplacen hacia el “gran miedo a carecer”, ¿qué tenemos que perder, el *all you can eat* del restaurante argentino, los rascacielos de la Isla de Milán, las partículas en suspensión? Nos endeudamos para acceder a recursos y medios que deberían ser gratuitos porque son la base de nuestra supervivencia y salud, y mientras tanto reproducimos un sistema del que no obtenemos ningún beneficio, sino sólo una efímera sensación de satisfacción ligada a la ilusión de acceder a fragmentos de “bienestar”.

Puedo hacer este experimento conmigo misma, examinando mis pasiones, mis hábitos, la vida que llevo. No quiero representar a las diatomeas, quiero pensar con ellas. Quiero pensar en su condición de trabajadoras no humanas, más aún, regeneradoras de lo humano, explotadas y expuestas a riesgos de vida y salud, en relación con mi condición de humana precaria y mujer europea sin derecho a la enfermedad pero –curioso, ¿no?– con derecho a la maternidad. Si caigo enferma durante más de 30 días, mi contrato no prevé que reciba el salario, ni siquiera reducido, sino la suspensión de mi sueldo hasta el final de mi enfermedad. Cuando me recupere, mi sueldo volverá, pero mientras tanto estoy endeudada, tengo que buscar trabajo extra, autoexplotarme para ponerme al día. En este bucle, alterno fortunas e incertidumbres, me las apaño mientras mantengo un nivel de vida medio sólo garantizado por el cuerpo con el que aún puedo contar, un cuerpo al que ordeno cada día que rinda y sea lo suficientemente productivo porque si no, ¿cómo podría sobrevivir? Como dijo Foucault (1999: 65): “El trabajo no es la esencia concreta del hombre. Si el hombre trabaja, si el cuerpo humano es una fuerza productiva, es porque está obligado a trabajar. Y está obligado porque se halla rodeado por fuerzas políticas, atrapado dentro de mecanismos de poder”.

Y he leído a Foucault pero recuerdo que al final de muchas jornadas de trabajo me parecía normal comprar una hamburguesa vegetal en el supermercado (comida chatarra para mujeres de clase media falsa) o pasar por Tigotà, porque odio los perfumes pero tengo debilidad por el aceite de almendras. ¿Debo sentirme culpable? ¿Debemos culparnos por cada gesto de autocompensación? No: hay que cuestionar el sistema que nos hace ir del trabajo a casa a Tigotà en busca de perfumes sólo remotamente capaces de imitar aquel del cual fuimos separados. No sé ustedes, pero yo me siento parte de una *falsa clase media* demasiado urbanizada y ajena al hecho de que su acceso a la riqueza es siempre precario y parcial, siempre dependiente de su propia capacidad de autoexplotación, pero en cualquier caso no autónoma, siempre dependiente al mismo tiempo de la expropiación de los recursos de la alteridad (humana y no humana). *A menudo me siento pobre y al mismo tiempo muy, muy lejos de la hierba.*

¿Qué clase de cortocircuito es ese? ¿Es porque si me pongo enferma es cosa mía pero me dan la baja por maternidad? ¿Qué se supone que debo deducir de esto si no es que un cuerpo enfermo es improductivo, por lo tanto abandonable, y un cuerpo embarazado es productivo por lo tanto recuperable? Y entonces, suponiendo que tuviera un hijx, ¿qué nos esperaría después sino el bucle oscilante entre la fortuna y la incertidumbre, más trabajo y más deudas?

No gracias, no lo pienso ni por asomo, no sólo porque no tengo ningún deseo de experimentar la maternidad biológica y la consecuente entrada en los circuitos de deuda que supone para alguien como yo que pertenece a la falsa clase media, sino principalmente porque no puedo dejar de pensar en las diatomeas. No puedo

dejar de pensar en la simpoiesis, ese complejo holobioma⁶ que no sé cómo llamar que componen juntos el Desierto de Dancali, el Amazonas, el Océano y la Diatomea. Holobioma Amazonas Diatomea, ¿funcionaría? Margulis hubiese hablado de “intimidad entre extraños” para explicar esta extraña conversación areo/fluida/espacial que tiene lugar entre un lado y otro del Atlántico, pero Haraway tiene razón al querer empujar los límites de la autopoiesis.

La autopoiesis sigue anclada en los límites espacio-temporales, necesitamos la simpoiesis para entender el imprevisible co-devenir de formas de vida tan diferentes y distantes. Y necesitamos la simpoiesis para luchar junto a las amazonas diatomeas. Tenemos mucho que aprender de ellas, y si yo pudiera renacer como una Niña del Compost, o modificarme genéticamente en vida, por ejemplo mediante la técnica CRISPR, tendría un cuerpo capaz de producir sílice, un metabolismo basado en la fotosíntesis. Emigraría a donde las diatomeas tienen poco sílice disponible y pariría pequeños óvulos de sílice con cada baño. No se trataría de un sacrificio, sino de un compostaje a la par. ¿Es este deseo demasiado *cyborg/ecol/queer* para que sea digno de atención, para que sea tomado en serio por aquellos que tienen el deseo de parentalidad humana en la más alta consideración?

Sin embargo, es el deseo lo que me movió hacia las diatomeas, y cuando empecé a escuchar sus extrañas conversaciones –además de perderme en un perverso y placentero juego de traducciones entre diferentes lenguajes humanos y no humanos, y entre diferentes ciencias humanas y no humanas– empecé a tomar notas: la biología de las diatomeas es una ética compostista y posthumanista, es una política pragmática para las especies compañeras. Las diatomeas no son amazonas que quieren ganar la guerra solas, son guerreras por la supervivencia común, que no sobreviven a costa de los demás, sino que viven y mueren con ellos.⁷ Podrían incluso prosperar junto a miles de otras especies, y sin embargo sólo están amenazadas por una especie del planeta. Somos tan malos en la simpoiesis como arrogantes. Sólo conocemos el 5% de nuestros mares, el 95% restante nos es desconocido, pero creemos que podemos predecir el comportamiento de las diatomeas a escala global para saber cómo “convivir con el problema”.⁸ No, no traduzco *Staying with the Trouble* como *sobrevivir en un planeta infectado*, pero tampoco como *estar en contacto con el problema*. Aquí queremos resolver los problemas. La traducción conceptualmente, y por tanto políticamente, válida para mí es simplemente “Sobrevivir con los problemas. Generar parentescos en el Chthuluceno”.⁹ Así, el de

6 En un holobioma, no tiene sentido distinguir entre anfitrión y huésped: “Los organismos que se juntan, los holobiontes (término que en Margulis indica la asociación de bionte anfitrión + bionte huésped) o, en la definición de Haraway, los holoentes (utilizados para incluir también las composiciones entre lo vivo y lo no vivo) son, pues, formaciones liminares, nodos de relaciones intraactivas –observables ya desde el nivel microbiológico–, simbioses los unos para los otros que, en última instancia, hacen que la distinción entre anfitrión y huésped carezca de sentido” (Timeto, 2020: 194).

7 Aquí es útil recordar que “la teoría de la simbiogénesis no pretende contraponer el vocabulario de la cooperación al del conflicto, sino poner de relieve cómo la evolución no es una cuestión de filiación y reproducción de lo mismo, sino el resultado de transformaciones transversales, de asimilaciones, digestiones y deyecciones” (Timeto, 2020: 195).

8 La referencia es al enjambre de estudios que debaten la posible desaparición de algunas diatomeas debido al calentamiento global y el posible aumento de otras. Los estudios actuales tienen dos defectos para mí, como observadora parcial: creen que están reproduciendo la complejidad de los ecosistemas marinos en el laboratorio y nunca consideran las diatomeas en relación con otros ecosistemas. Pero el holobioma está relacionado y los holobiontes sólo existen gracias a las complejas y a menudo invisibles telas de araña. Los modelos predictivos no contemplan la deforestación del Amazonas; ni siquiera sabemos cuánto disminuye el rango de su río volador a lo largo de los años (Valenzuela *et al.*, 2018; Hinder *et al.*, 2012; Li X *et al.*, 2017; Bopp *et al.*, 2005).

9 Otros estudiosos y traductores se han enfrentado a la traducción de *Staying with the Trouble*. Me refiero a la reseña de Curti, *Una convivencia molto tentacolare*, que traduce *Trouble* de Haraway como *daño, devastación* (il manifesto, 30 de abril de 2017). En esta línea también se encuentra Ferrante,

Haraway se convierte en un título guía, una advertencia constante: la generación de parentesco es lo que se necesita para sobrevivir en medio de los problemas. No se sobrevive si no es *con*, juntos. El título elegido para la traducción italiana de *Staying with the Trouble* es evocador de los tiempos de la pandemia global, pero me temo que, en el juego de traducir, la ética política compostista y simpática de Haraway, la que siempre insiste en la necesidad de sobrevivir juntos, de *vivir y morir con*, ha quedado ensombrecida. Y precisamente hoy, las reflexiones de Haraway sobre *el vivir y el morir con* podrían ser reconfortantes, además de desencadenar procesos de liberación humana y de reparación por el daño que hemos hecho a lo no humano. Hoy que tenemos en cuenta la muerte de lo humano –mediática, política, personal y médicamente–, hoy que casi todo el mundo está en cuarentena, pero a pesar de la pandemia la producción no se detiene, hoy que alguien que queremos ha enfermado, hoy las palabras de Haraway me lo recuerdan:

La muerte de los seres queridos, la propia muerte, es el abono terrenal de los mortales, no una violación de alguna rígida religión monoteísta inspirada en el derecho a la trascendencia y la inmortalidad. El dolor y la pérdida son intrínsecos a vivir y morir bien juntos, como seres con tentáculos enredados en una tierra rica. (2018: 69)

Haraway no cita a Spinoza, pero la mente igualmente se dirige a su *Ética*. Se necesitan nuevas lentes, y para fabricarlas necesitamos ópticos como Spinoza, cuya geometría filosófica informa la investigación ética posthumanista y compostista feminista. Releer a Spinoza es crucial si queremos liberarnos de los dualismos opuestos de la moral occidental moderna (la religión monoteísta inspirada en el derecho a la trascendencia) y elaborar una pragmática de la alteridad, el arte cotidiano de la supervivencia alegre en un mundo poblado por miles de millones de criaturas que no son sólo humanas. La ética menos antropocéntrica jamás guardada en un escritorio de Occidente, la *Ethica more geometrico demonstrat*: cualquier cartografía compostista debe partir de aquí, porque es aquí donde el herético explica que la subjetividad está siempre abierta y en relación con la alteridad, que nuestro deseo se realiza en el deseo de una vida no atomizada sino común. Usando la lente spinoziana, leemos a Haraway: la extinción no es una amenaza, es el presente de demasiadas formas de vida.

La ética posthumanista no es relativista sino transespecie, nómada y multilocalizada, no hace del hombre la bisagra en torno a la cual giran la naturaleza y la máquina, se despoja de toda gnoseología universalizadora para adoptar la metodología del conocimiento situado y arraigarse en los cuerpos portadores de instancias diferentes, no es apolítica ni apocalíptica, es resistencia y praxis de liberación y transformación. Spinoza nunca invita a abstenerse del compromiso político, sino que explica que cuanto más conozcamos las pasiones propias y ajenas, mejor viviremos con la comunidad. La ética posthumanista es compostista en la medida en que insiste en los experimentos del *devenir-con*, su herramienta es la cartografía de los afectos que expresamos/experimentamos. La ética posthumanista es un intento de responder a la pregunta: ¿qué pueden hacer nuestros cuerpos, tecno-monstruos que sin embargo son atribuibles a la especie humana, para no representar/expropiar la alteridad, para reconocerla sin fagocitarla/margarla?

La imaginación es una primera respuesta. En la introducción de *Le promesse dei mostri* (Balzano 2019b) intenté, siguiendo a Haraway y reescribiendo a Asimov, imaginar darle la vuelta a las Tres Leyes de la Robótica. Llamémoslas Leyes de Terrapolis,

véase el título de su epílogo *Las promesas de la divinidad ctonie. Hacerse compost en este mundo de problemas* en Haraway (2019b).

aunque carezcan por elección del instrumento de la sanción y no puedan ser indexadas según los “criterios diferenciales del derecho”: universalidad, generalidad y *blabláblá*. No hablo el lenguaje del derecho ni su razón. En mi genealogía filosófica, la pasión y la razón van de la mano, y desde mi particular encarnación –un cuerpo de mujer adscrito alternativamente por la biología y la historia económico-política a la reproducción y, por tanto, excluido de la razón– me niego a que me reduzcan sólo a la emoción, prefiero la inteligencia emocional. Reclamo el acceso y manejo de la razón y la ciencia porque quiero cambiarlas, no someterlas, inyectándoles camiones de pasión (Aultman 2018). Por eso creo que estas leyes no son más que el ritornelo de una pragmática compostista que hay que razonar juntxs, porque “Terrapolis [...] es un espacio de contacto y contagio, abierto y arriesgado, pero también prometedor” (Timeto 2020: 200). Terrapolis no es el reino de ese relativismo que conlleva el supremacismo y el excepcionalismo humanos, es un interreino de compostismo, donde se tratará de juntar, de *compensar*, en el doble sentido de *pensar con y remediar*. Para empezar a *compensar*, empiezo con la Ley/Ritornelo Cero:

Las/los seres humanas/os tienen que luchar por la supervivencia de toda la Tierra, porque en ella están arraigadas/os, junto con todas las formas de vida orgánicas, artificiales, más o menos humanas, cyborgs, otras criaturas monstruosas e inapropiables.

